

Verano/12

Casino

(Por Sandra Russo) Por fin el pagador se da vuelta y la mira. Tiene color de dos. Hace media hora que está ahí parada, esperando que alguien desista y libere naranjas, celestes, coloradas, marrones, alguna. Le dan verdes, esmeralda. Como tus ojos, le dice el pagador. Ella hace que no escucha. Consigue acercarse a la mesa a la altura de la tercera docena. Pone una ficha en el 30, otra en el 31 y otra en el 27. Más allá no llega. Sale el 11. Un viejo la lleva por delante para desparramar infinitas bicolores.

Ella mira fijo al 3, rojo, en la punta. Está tan lejos. Es tan inalcanzable. Intenta llegar pero son cuatro o cinco cuerpos los que se le interponen. No puede ni aproximar la mano con su ficha verde esmeralda tan dispuesta, tan segura. Toca el hombro de una señora que le aplasta el monedero en la cintura. La señora no responde. Todos están frenéticos colocando su suerte. Ella se apura y corre del otro lado de la mesa. Por allí tampoco hay paso. La dificultad se le presenta como una prueba irrefutable. Ese es el número. Un hombre alto y desgarbado apoya el pie sobre su sandalia. No siente dolor, apenas un leve mareo. Empuja a dos adolescentes que flirtean con el pagador. Ellas la empujan más fuerte. Aprieta la ficha verde esmeralda mientras por encima de algunas cabezas distingue al 3, que todavía está desnudo.

Por fin él la ve y entiende que esa chica necesita ayuda. Ella gira la cabeza y los ojos se cruzan. El sonríe. Ella no. ¿Me ponés esta ficha en el 3?, le dice ella. El dice cómo no. Desde un hueco de la segunda docena ella ve cómo la mano grande de él apoya la ficha verde esmeralda justo sobre el 3, en el medio exacto del 3, y cómo sobre el redondel verde esmeralda él agrega una ficha dorada.

No va más, dice el tirador. No va más, repite el pagador. La bola salta, vertiginosa, recorre las posibilidades, se roza con los números en un sentido contrario que imita la manera en que muchos se aproximan al amor. Sale el 20, pero eso no tiene la menor importancia.

El cielo sobre Sa

Por Alberto Fuguet

Juventudes descarriladas, fin de milenio y el tan excitante como terrible estigma de creerse fuera de todas las cosas caracterizan la narrativa del joven escritor chileno Alberto Fuguet (Santiago 1964). Fenómeno de popularidad, tótem de la generación local y suceso de ventas en su país, Fuguet –"La sobreexpuesta vida de Enrique Alekán", "Sobredosis", "Mala onda"– ya goza de un saludable prestigio cult en la Argentina. El cuento que aquí se presenta corresponde a "Por favor, rebobinar" (Planeta), novela atómica de reciente aparición en Chile.

El cielo sobre Santiago a veces funciona, a veces brilla y aparece azul, logra romper la niebla, la bruma. Camino bajo ese cielo, que está anaranjado porque el sol seguro se puso sin que me diera cuenta y las calles están rotas, inmensos hoyos se abren frente a mí, excavaciones profundas desde donde unos punkies perdidos aspiran neoprén y pareciera que la Plaza Italia se iluminara entera, los neones tiñen las gárgolas y allá en los altos una anciana cierra una cortina y se persigna.

Es bueno sentir el aire en la cara, el abrigo que roza la vereda, el frío que hiela pero no congela. Durante estos últimos días he perdido mi rumbo, me he encontrado chocando conmigo mismo. El Pelado Talavera y José Ignacio Bascuñán son lo mejor que se puede esperar en cuanto a amigos, pero tienen su vida y no puedo contar siempre con ellos. Ellos están recién empezando y no tienen cuando parar.

Anoche salí con ellos. Siento que todo ocurrió hace un mes, pero es sólo la sucesión de estímulos, emociones fuertes y sicotrópicos de más. Falta de costumbre, nada más, nada menos. De un tiempo a esta parte me he ido dando cuenta que el día que más me cuesta llenar es el jueves. Para eso están los amigos solteros: para salir de caza y embriagarse con el espíritu metropolitano. Opté, erradamente, por iniciar la noche con algún estimulante que me permitiera recuperar la energía que siento que ya perdí para siempre. Usé el contacto de mi hermano Diego y llamé al tal Damián Walker y sus servicios de pizza-a-domicilio. Tal como me instruyeron, solicité una pizza con pollo y anchoas. Para no sentir el silencio, puse la Interferencia y subí el volumen. No demasiado tiempo después, el propio Damián llegó con la pizza, los tres sobrecitos solicitados escondidos en la caja de cartón y un cara de perdido que me asombró. Mis amigos no tardaron en llegar. Les ofrecí pizza. José Ignacio optó por un par de líneas y Absolut Citron. La noche recién vislumbraba su potencial. Unos yuppies –algo me hace reconocerme en ellos, algo me hace rechazarlos– pasan a mi lado y ni me ven. Sigo caminando, por el parque, a la sombra de los castaños y los faroles importados de París. Sé adónde voy, pero sé que es una excusa. Una excusa a veces es mejor que nada y lo asumo. Mi madre me contó del nuevo trabajo de la Paula; es allí adonde me dirijo.

Después de unos tragos y de escuchar, con excesivo detalle, los pormenores de una transacción que al Pelado Talavera le había justificado la semana, decidimos que lo mejor sería no dejarse llevar por los impulsos un tanto conservadores de siempre y hacer algo total y radicalmente distinto. Partimos así a un extraño pero no por eso menos cautivante lugar con delirios de night-club que no era más que una boite decididamente decadente que ostentaba una cierta pretensión y exotismo. El local estaba a un costado del parque Bustamante y el letrero de la entrada bañaba los viejos plátanos orientales con una luz verde-agua. El lugar era un secreto muy bien guardado porque no sólo estaba lleno sino que la clientela la conformaban tipos de mi edad, de buen nivel, que celebraban una despedida de soltero. Lo más asombroso del sitio, sin embargo, era un inmenso estanque de agua iluminado de calipso. En vez de presentar bailarinas topless, los creativos propietarios sumergían unas cuantas sirenas criollas a las profundidades del estanque; el show duraba hasta que se les acabara el aire. Un grupo de japoneses con tarjetas doradas y las corbatas salpicadas de polvo blanco terminaron invitando a todos a todo. Antes de irme, me acuerdo, vi que el soltero que despedían flotaba, desnudo y borracho, en el agua, rodeado de peces fucsias y una chica teñida que trataba inútilmente de excitarlo.

Podría llover o yo podría andar con un sombrero, un impermeable y un cigarrillo. Estoy de espía, me dedico a mirar, con los ojos escudriño la calle, no dejo de observar la puerta de ese banco. Todo es inútil y de una disquería se escucha a Sting cantar "There's a Moon over Bourbon Street", pero no hay luna llena esta noche, sólo un cielo iluminado, y pienso en otro tipo de días, o de noches, yo sentado en una cuneta en el French Quarter de New Orleans, tomándome un Southern Comfort muy helado, de la mano de una Paula distinta, fascinada con ese mundo nuevo, fascinada de estar compartiéndolo conmigo.

Antes, cuando creía en los finales felices y en la fidelidad, me gustaba volver a casa lo más rápidamente posible. Ahora no tolero estar ahí. Pienso en ella y en cómo todo se arruinó tan rápido. José Ignacio me lo advirtió: no te cases, papito, vas a sufrir mucho; estás demasiado joven aún.

Me acuerdo que salía temprano de la Bolsa, tomaba el Metro, compraba flores en Providencia y subía a prepararle unos Amaretto-sours. Cuando la Paula regresaba, elegante y perfecta, todo estaba listo, la radio Horizonte tocando su música para el adulto-joven y yo con un par de anécdotas listas para lanzárselas, porque una de las cosas que le gustaban de mí era que yo era capaz de hacerla reír y cuando ella se reía, todo valía la pena.

José Ignacio me dijo hace poco, totalmente de improviso, que es imposible creer que uno va a volver ileso, limpio, después de h... ber pasado por superficies rugosas. Lo q... uno ha hecho, ha sufrido, lo acarrea sie... pre. La gracia, me dijo, es que ese bulto ... sea una mochila sino una simple experie... cia. Cuando uno ya ha visto, es imposib... cerrar los ojos.

Después de la boite náutica, decidimos i... ternarnos por los laberintos de lo que el P... lado Talavera denomina el Village crio... Terminamos en el Café del Biógrafo, de ... calle Lastarria. Estaba repleto y sonaba ... jazz un tanto abigarrado que me pareció a... cuado al ambiente reinante. Nos sentam... peligrosamente cerca de una mesa con cu... tro notables mujeres jóvenes que estaban solas y tenían una facha de intelectuales que asustaba un tanto. Al rato, gracias a la gestión de José Ignacio y su entrenada sonrisa, unimos las mesas. Según el Pelado, ellas eran típicas representantes de lo que él llama chicas posmodernas: aparentemente muy seguras de sí mismas; esas miradas como diciendo "no te pesco" aunque en el fondo se mueren de ganas; ese look aprendido de la *Interview* (cara pálida, labios rojos, pelo corto, anteojos retro); y, claro, los infaltables vestidos negros apretados. El Pelado dijo que estaban bien para pasar el rato, pero él prefería mil veces el modelo desconstructivista: más sano, más fácil, más tierno. La posmo cuando

, huye, me explicó el Pelado. La desstructivista, en cambio, cuando siente, ia; no hay dónde perderse.

edimos unos kir-royal y varias tablas de so y una chica levemente colorina, perioa de una de esas revistas de izquierda que subsisten, me empezó a fascinar con su nto de que estaba preocupada por Luisa, sicóloga, porque tenía un amante cubano la había abandonado.

Yo fui donde un tal Max y me enamoré o de él que me tuve que retirar –opinó una a que, según el Pelado, era mitad posmo, ad desconstructivista.

a periodista se llamaba Ignacia Urre y yo pensé qué hacía una chica como ésa en un ambiente como ése, en especial cuando sus amigas empezaron a discutir temas como los pezones umbilicales y el abuso infantil.

Una tipa de nombre Sara Subiabre rápidamente desvió el tema a la figura de Frida Kahlo y al lesbianismo como opción.

–Venga, no porque una tía se acueste con otra significa necesariamente que sea lesbiana –opinó la tal Ignacia.

–Se nota que no lo has hecho– le dijo la Subiabre.

–¿Cómo sabes? –le contrarrespondió en forma alarmantemente coqueta.

–Te hubiera quedado gustando y ahora andarías conmigo.

El tema, por suerte, terminó diluyéndose, y después de más kir-royal la conversación se fragmentó. La Ignacia se acercó más a mí e iniciamos nuestra propia conversación. Me habló de una tal Sylvia Plath y de una jarra de cristal, de que no toleraba a García Márquez y echaba de menos la marcha de Madrid, donde estuvo un año becada. También me informó de que daba gracias a Dios que no estudió en un colegio de izquierda y que odiaba la tarjeta de crédito que le obsequió su padre como regalo de cumpleaños.

–Como opina la Luisa, cuando uno no ama, compra– me dijo, casi susurrando.

Yo le conté algo de mi vida, de mi separación y lo que opinó de la Paula me dolió porque quizás tenía razón. Después me tomó la mano y me pidió una opinión:

–Enrique –me dijo–, me están ofreciendo escribir una columna en la revista *Acné*. ¿Qué opinas? ¿Debería aceptarlo? Quieren que reportee la noche, la vida social. Vamos, que escriba cuentos a partir de aquellos que sienten la compulsión de ser observados. No hay problema de extensión. Tendría muchos más lectores y hasta una cuota de poder. Yo, en rigor, quiero ser escritora y me parece que ése no es mal camino. ¿Tú qué crees?

–No creo que me corresponda involucrarme.

–¿Tú siempre eres así o es un residuo de tu separación?

–¿Así cómo?

–No creo que tenga que explicarte, ¿o sí?

Cuando las aromáticas velas ya no ardían, nos fuimos. Nos subimos a una serie de autos y las chicas nos llevaron a una fiesta en un viejo palacete que se caía a pedazos por la calle Moneda abajo, pleno west-side, como me explicaron. Empezó a sonar música del año anterior.

–No hay nada más pasado de moda que lo que recién pasó de moda, ¿no crees? –me preguntó mientras mordisqueaba un trozo de sushi.

La fiesta era de gente de teatro y un tipo de zancos tragaba fuego y alguien estaba de cumpleaños y todas las chicas posmodernas bailaban entre ellas mientras que unos tipos se encerraban en el baño a besarse. En medio de todos ellos, mi hermano Diego –¿qué hacía ahí?– no paraba de manosear a una quinceañera totalmente anoréxica que vestía sólo una polera defutbolista que le quedaba grande. Avancé hasta el final de la casona donde me encontré, degustando unos fierritos a la teriyaki, con mi primo Julián Assayas. Estaba junto a Pía Bascur, la modelo de moda, que ahora es su novia de turno.

–¿Qué haces acá, primo? –le pregunté.

–Son amigos de la Pía. Ellos nos invitaron. Se supone que es gente creativa. No los tomes a mal. Parecen peor de lo que son.

–Yo creo que no tienen idea cómo son. Están seriamente perdidos.

–No seas cartucho, Enrique –me dijo la Pía–. No todo el mundo puede ser igual que tú.

Ahí me di cuenta que yo poco tenía que ver con esta gente, con este mundo. No lo entendía, me era ajeno. Quizás las cosas avanzan muy rápido o yo, como esa música, ya estoy pasado de moda.

–No pienses, actúa –me dijo esta chica Urre, que se veía bastante menor que yo.

–¿Qué?

–Que me saques a bailar. Me carga bailar sola.

Comenzamos a danzar en el parquet. La tipa se sabía mover. Después me desanudó la corbata. Mi hermano Diego me guiñó un ojo.

Más tarde, mucho más tarde, desperté.

Eran las cinco de la mañana y no sabía dónde estaba. Estaba tapado por un plumón. Un poster de un tal Rimbaud me miraba directamente a los ojos. Revisé algunas de las revistas españolas que estaban esparcidas en el suelo. Después la miré dormir. Quise dejarle una nota, pero me arrepentí. Comencé a vestirme en silencio. Pensé en quedarme, servirle desayuno, pero un café en la cama es un compromiso y creo que aún no estoy listo. Salí a la calle y la brisa y el rocío me azotaron. Me dolía la cabeza, el corazón me bombardeaba de más.

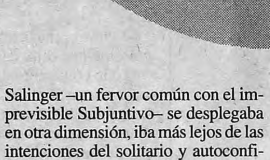
¿Por qué uno siempre escapa de lo que más desea?

Ahora ya es de noche y el frío no es broma. Llevo varios minutos esperando. Las puertas del banco se abren y aparece la Paula. Perfecta, como siempre. Peinado nuevo, tacos altos, una chaqueta con hombreras. De pronto, se da vuelta. Todo para, siento que el mundo se triza, me quiero morir, desaparecer. Ella me mira un rato, pero noto que no es su mirada y que lo que mira es el horizonte, algo que está más allá. Siento como si su mirada me atravesara y buscara otra cosa. Después se da vuelta como si yo no estuviera y desaparece, se pierde entre la gente y yo, sin querer, me río un poco, quizás de puros nervios y salgo de la estación y el cielo sigue allí, fiel como siempre.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

tiago





Resumen: *Pedro Pirovano, ex arquero que se mueve en Buenos Aires y usa un guante izquierdo de guardavalla permanente, lleva una vida complicada en lo personal y agitada en extraños negocios aventureros. Ante el asesinato de su amigo el Troglodita, sube a la secreta cúpula de su edificio en Avenida de Mayo y contacta con el misterioso Subjuntivo.*

13 SUB-JUNTIVO

Las nueve pantallas se iluminaron simultáneamente mientras la cúpula entera se oscureció en fraguada noche cerrada con todas las estrellitas. El efecto me sorprendió una vez más. Sabía que era un mero simulacro, un artilugio más de la construcción para crear un clima adecuado en el momento de contacto; sin embargo, nada me quitaba la sensación mágica.

Se lo había dicho alguna vez a Subjuntivo:

–Es como entrar en la cúpula-astronave de la casona de Sherlock Time, una de las historietas más hermosas que leía, de pibe...

–Supongamos que la sensación sea la misma, Catcher –me había contestado–. No temas volver a sentir algo que te emocionara alguna vez.

Era su manera elíptica de aprobar –no sé si puedo formularlo en estos términos– lo que yo sentía.

Porque él en el fondo no aprueba ni prohíbe; no afirma siquiera. Es otra cosa.

Subjuntivo no se llama así. No se llama, directamente. Subjuntivo le puse yo cuando descubrí que era el único modo verbal que utilizaba para comunicarse: el modo humano por antonomasia, el que inventamos para expresar el deseo pero también la duda, el temor. El indicativo y el imperativo ya estaban cuando llegamos, utilizarlos es una forma de impostura para nosotros: supongamos, si existe, que son los modos de la palabra de Dios. La naturaleza es Su discurso indicativo, pero no es nuestro modo.

Tal vez por eso desconfío de las pobres, autoritarias lenguas sin subjuntivo.

Yo tampoco me llamo Catcher. Así me puso él en las mismas circunstancias, cuando hubo que convenir un código de comunicación:

–Quizá tu profesión ocasional signifique algo más que una forma elegida para que te ganes o pierdas la vida... –sostuvo, sugirió para que pensara.

–Soy arquero por vocación, no por descarte –dije yo, que todavía creía que lo era pese a todo, y con un orgullo inexplicable–. No es que de pibe no supiera jugar al fútbol, patear, hacer goles, y entonces me mandaban al arco. No: sucedió, simplemente, que a mí me gustaba atajar. Era lo que más me gustaba.

Se hizo un breve silencio, como para que yo mismo me escuchara, supongo.

–Como a Holden Caufield –dijo él de pronto. Dudé. Un arquero no puede dudar pero dudé; fue apenas un instante:

–Claro, como a Holden Caufield... –asentí lleno de miedo y un orgullo un poco más sutil y diferente del anterior.

–Acaso convenga que seas Catcher, entonces –dijo Subjuntivo con esperanzada satisfacción–. Un catcher que no se quede oculto en el centeno sino que se mueva por el mundo, o al menos por el Sur.

De pronto sentí que la metáfora de Salinger –un fervor común con el imprevisible Subjuntivo– se desplegaba en otra dimensión, iba más lejos de las intenciones del solitario y autoconfinado Maestro:

–¿Hay otros "catchers" o como se llamen por el Norte? –me atreví a preguntar.

–Mejor que los haya, Catcher... Y por el Este y por el Oeste también. Si Magia no creciera, si Mafia no encontrara obstáculos...

Subjuntivo había dejado la frase en el aire.

De algún modo me incomodaba el esquematismo de la oposición Mafia/Magia que fundaba todo ese mundo extraño, secreto, terrible y maravilloso al que me estaba abriendo.

Subjuntivo debe haber intuido mis sensaciones porque continuó:

–Acaso te suene apocalíptico, Catcher, pero supongamos que muchas cosas sigan sucediendo, como en tu caso, por simple y alevoso arte de Mafia.

Y ahí no pude evitar desviar la mirada a mi mano mutilada, todavía vendada entonces, con huellas de una saña que me había sorprendido tanto como la misma violencia inexplicable.

–Supongamos –prosiguió– que en cierta perversa forma se haya tendido una red inextricable de poderes e intereses que haga impensable la justicia o la equidad porque Mafia controle también a los encargados de controlar. Mejor dicho, para que lo entiendas con una metáfora de tu medio, que se sospeche que los arqueros y los árbitros estén comprados...

–Es necesario el arte de Magia –completé.

–Arte y parte de Magia –completó.

Y así fui parte de Magia.

Ese diálogo sucedió hace mucho tiempo. A comienzos de los ochenta, en la trastienda en penumbras de una cantina ruidosa de cumbia y ron, cerquita del mar, en Barranquilla.

Subjuntivo era, en ese momento –porque nunca supe si es alguien en particular o es simplemente un modo, una manera de ser de muchos o varios–, un hombre oscuro, gordo y transpirado que soportaba apenas el traje de lino increíblemente holgado pese a su tamaño. Sutil, culto e inteligente hasta la saturación, lo disimulaba bebiendo sucesivas cervezas probablemente tibias, que acumulaba después, enfiladas sobre el piso de tierra, con la satisfacción de quien coloca los palos de bowling en su lugar luego de un strike.

–Tal vez sea conveniente a esta altura que sepas –dijo en la parte final de aquel encuentro– que si la Magia soslayara la tecnología, si le dejara por prejuicio el monopolio a la Mafia... –se interrumpió e hizo un gesto de autodegüello.

Y entonces me explicó lo que vendría, lo que haría posible lo inimaginable, lo que me llevaría a estar en esa cúpula secreta en pleno Buenos Aires, conectado íntimamente a una máquina de nueve pantallas que ya parpadeaban la señal de contacto.

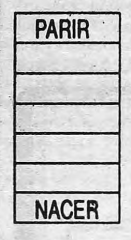
Mañana: **14. El intruso.**

Juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

HUEVO
LECHE
AZUCAR
BATIR
HORNO
FLAN



ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

PARIR → NACER

CARPA → CIRCO

Escaleras
A. Parir, parar, paras, pares, paces, naces, nacer. B. Carpa, carpo, carro, cirro, circo.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. Rucio - A: Tosco. B: De color gris. C: Instrumento que sirve para hilar.
2. Ruco - A: Viejo, gastado. B: Pájaro dentirrostro de Europa. C: Huérfano.
3. Rufo - A: Metal del cuerpo del platino. B: Malhumorado. C: Rojo.
4. Ruginoso - A: Mohoso. B: Furioso. C: Generoso.
5. Runcho - A: Marsupial parecido a la nutria. B: Descuidado. C: Mestizo.
6. Runfla - A: Parque de recreo. B: Multitud de personas. C: De baja calidad.
7. Socapa - A: Capa impermeable. B: Pretexto. C: Sitio donde da el sol de lleno.
8. Socarrén - A: Astuto, taimado. B: Galería o mina subterránea. C: Alero de un tejado.
9. Socoyote - A: Carnívoro americano. B: Benjamín, hijo menor. C: Indecente.
10. Sofí - A: Sabio. B: El que dirige el coro en los oficios divinos. C: Antiguo soberano persa.
11. Solano - A: El viento de oriente. B: Lugar de cultivo de papas. C: Revestimiento.
12. Soledoso - A: Perteneciente al solar. B: Descansado. C: Solitario.
13. Uncia - A: Escritura en letras mayúsculas que se usó en Europa desde el siglo IV hasta el siglo VII. B: Moneda romana de cobre. C: Yugo al cual se ata un animal.
14. Uro - A: Bisonte europeo casi extinguido. B: Dolor sentido al orinar. C: Acido nitrogenado eliminado por el organismo que se encuentra en la orina.
15. Usgo - A: Búsqueda, investigación. B: Asentimiento forzado. C: Asco.

Académico
1.B; 2.A; 3.C; 4.A; 5.A; 6.B; 7.B; 8.C; 9.B; 10.C; 11.A; 12.C; 13.B; 14.A; 15.C.

CALIFICACION

15 puntos	académico
11 a 14	maestro
6 a 10	bachiller
5 o menos	alumno

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

253
25
21 17
5
5 4 5

